

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 340

Barcelona, 7 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

¿Ceguedad?

¿Inconsciencia?

No. Es que el

egoísmo puede más que la razón. Y por egoísmo, un privilegio llega hasta el crimen. En España lo estamos viendo...

(Del artículo "El fascismo, traidor a la raza blanca").

El fascismo, traidor a la raza blanca

«Y cuando Italia invadió Abisinia, se habló mucho, en el Japón, de la necesidad moral de ayudar a ésta contra aquélla»

El almirante japonés Suetsugu es ministro de Negocios Extranjeros del Japón. Y, además, ministro de Interior. Ministro de Interior desde que la casta militar decidió, recientemente, apoderarse de todos los resortes gubernamentales, para estar segura de la retaguardia.

Y dicho personaje representativo del Japón conquistador y totalitario, publicó en la revista «Kalza» unas declaraciones en que, no sólo se anunciaba el fin de China como nación independiente, sino que se amenazaba a Inglaterra y a Rusia y se afirmaba que los nipones no volverían la espada a la vaina mientras la raza blanca no fuera expulsada de Asia y mientras ésta no viviera bajo la dominación de la raza amarilla.

Las declaraciones del almirante Suetsugu, publicadas como ya digo en la revista «Kalza» (número de primero de año), fueron hechas en noviembre, según nota del editor. Pero el autor de ellas sigue, naturalmente, pensando lo mismo. Buena prueba de ello es que también el día primero de año, en otra revista japonesa, publicó unas segundas declaraciones que completan y agravan las que hizo en «Kalza».

Hay un eje Roma-Berlín-Tokio. Es político, diplomático, militar, naval, aéreo e ideológico. Pero de las tres naciones que giran en torno de él, dos son blancas y una amarilla.

Hace bastantes años que el Kaiser Guillermo II, pintor de afición, ofreció a la admiración de sus súbditos un cuadro titulado «El peligro amarillo». Los alemanes aprendieron entonces que las razas caucásicas, aristocráticas de la humanidad, guías del mundo, sal y llama étnicas de los pueblos del antiguo y el nuevo continente, iban a ser sumergidas, el día menos pensado, por los hombres pequeños y las fecundísimas hembras que formaban los hormigueros humanos de las cuencas del Tan Tse y el Hoang-Ho. Eran 400 millones de chinos, a los que se unirían 70 millones de japoneses, 20 millones de coreanos e innumerables indochinos y malayos. El Pacífico Occidental volcaría sobre los desiertos siberianos infinitas muchedumbres guerreras. Y recomenzaría la marcha de Este a Oeste de los bárbaros orientales. Un Attila, un Gengis Kan, un Tamerlan, saldría del Gobi, escalaría la meseta iránica, traspasaría la barrera del Cáucaso y por el Sur de Rusia penetraría en Europa. ¿Podrían detenerle los europeos, víctimas de sus querellas? ¿No surgiría, ante el riesgo evidente, la solidaridad blanca de las civilizaciones latina y germánica?

Sabios teutones recogieron el pictórico llamamiento de su Señor y lo comentaron doctoralmente. Alguno de ellos evocó el drama de Aueya. De Aueya donde chocaron Tamerlan y Bayaceto. Tamerlan, el cojo feroz, el que reía viendo cómo degollaban a los niños en los brazos de sus madres, avanzaba contra el imperio otomano. Bayaceto lo esperó con cien mil soldados escogidos. Eran la flor de Turquía, lo más valiente y aguerido del Islam de Asia. Pero Tamerlan, que había levantado en el desierto de Siria una Pirámide de noventa mil cabezas humanas, le atacó al frente de 800.000 mogoles. Uno contra ocho... Nada pudieron, en trance tal,

la ciencia y la bravura turcas. Bayaceto se vió vencido y hecho prisionero y murió a poco. La suerte de Turquía — y de Europa — fué que Tamerlan le siguió al sepulcro y que sus sucesores no supieron conservar y ampliar sus conquistas. De todas ellas, sólo subsistió, para acabar miserablemente como un juguete de Inglaterra, el imperio del Gran Mogol, al Norte de la India...

Y el profesor germano se preguntaba gravemente si el mundo amarillo, a fines del siglo XIX o a principios del siglo XX, no encontraría un segundo Tamerlan.

Después del Kaiser Guillermo II, Mussolini aludió también al peligro de las razas asiáticas orientales. En inflamados artículos, describió al Japón como una nación ambiciosa que se disponía a disciplinar el caos chino y a arrojar de Asia a los americanos y a los europeos. En Tokio acogieron muy mal sus ardientes prosas periodísticas. Y cuando Italia invadió Abisinia, se habló mucho, en el Japón, de la necesidad moral de ayudar a ésta contra aquélla, facilitándole armas e instructores militares.

Todo esto ha cambiado. Los alemanes, los italianos y los japoneses — o sus gobiernos, pues los pueblos esclavizados, aterrados y engañados, se limitan a dejar hacer — se han unido olvidando las diferencias raciales. El nazismo alemán, el que preconiza e impone la pureza de la sangre aria, el que convierte en parias a los judíos, todos blancos, sin embargo, se solidariza con los nipones del Imperio del Sol Naciente. El fascismo italiano, nacionalista, defensor, a lo que dice, de la cultura greco-latina, sucesor y heredero del Imperio Romano de Occidente, según afirma también, no vacila en apoyar el movimiento xenófobo iniciado en Tokio y que, si no es contenido, acabará por arrojar de Siberia y del Turquestán a Rusia, de Indochina a Francia, de la India y los Estados Malayos a Inglaterra, de Java y las Molucas a Holanda, de Macao a Portugal, de Filipinas y Marianas a los Estados Unidos.

El fascismo y el nazismo, su hechura, traicionan, pues, a la raza blanca, luego de haber traicionado a la democracia y a la paz. Los «camisas negras» y los «camisas pardas» hacen causa común con el Dragón mikadonal, vuelven la espalda a Europa, rompen con el pasado de sus países y abren las puertas al enemigo...

Sin embargo, hay en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Polonia, en Rumanía, en Yugoslavia, en Checoslovaquia y en Portugal, fascistas y fascitoides que disponen de grandes periódicos y de poderosas organizaciones y de capitales enormes y que cuentan con el apoyo moral y material de las altas clases.

¿Ceguedad? ¿Inconsciencia? No. Es que el egoísmo puede más que la razón. Y por egoísmo, un privilegio llega hasta el crimen. En España lo estamos viendo...

Fabián VIDAL

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

La solvencia del Gobierno español 73.000 libras más a disposición de los Bancos ingleses

Londres, 5. — El Gobierno español acaba de poner a disposición de los Bancos establecidos en la zona leal la suma de 73.000 libras esterlinas destinada al pago de ciertos créditos comerciales británicos no incluidos en los acuerdos del «clearing».

Las deudas comerciales españolas con Inglaterra ascienden a 1.100.000 libras, aproximadamente; los diversos pagos efectuados durante los meses de octubre y noviembre se elevaron aproximadamente a 70.000 libras.

El Gobierno español irá haciendo entrega, gradualmente, de las cantidades necesarias para el pago de dichas deudas. — Fabra.

El terror fascista en el País Vasco

Cada vez son más graves los disturbios e incidentes entre falangistas y soldados

París, 5. — El cierre de la frontera francesa por Hendaya se practica con todo rigor y aun continúa.

Las autoridades rebeldes no dejan salir del territorio que ellos ocupan ninguna carta destinada al extranjero.

Por otra parte, a raíz de los recientes incidentes desarrollados en Pamplona, donde los soldados se negaron a salir para el frente, el servicio postal fué interrumpido entre Guipúzcoa y Navarra. Como el público no había sido advertido de estas medidas, el correo se amontona en las oficinas.

No han llegado a media docena las personas que en los últimos quince días lograron entrar en Francia. Por alguna de ellas se saben varias noticias. En Vitoria, donde recientemente se produjeron fuertes disturbios, aparecieron carteles y manifestos en los que se excitaba a los soldados a rebelarse contra Franco y los militares extranjeros. Se practicaron varias detenciones de personas que lanzaban los manifestos por las calles.

En Pamplona los incidentes desarrollados fueron debidos a la llegada de la Brigada Navarra, que con sus vivas ocasionaron la molestia de los falangistas.

Por lo que se refiere a San Sebastián, aparte la rencilla constante entre los dos bandos predominantes y la aversión existente contra el ex-

tranjero, se debieron los incidentes a la indignación causada al llegar a aquella ciudad 500 soldados heridos en el frente de Teruel, la mayor parte de los cuales iban con los pies helados y contaban la verdad de las operaciones de Levante.

Nuevos fusilamientos en Vizcaya

En Vizcaya continúa rigurosamente la persecución contra todo lo que suponga vestigio vasco. No hace mucho, en una villa donde los bombardeos fueron más intensos, pretendió una buena mujer hacer efectiva alguna cantidad de una libreta de 25.000 pesetas que poseía. La hicieron mil preguntas, y al conocer que era nacionalista, la desposeyeron de la libreta y ahora vive en la miseria con sus hijos y sin ayuda alguna.

El terror es tan intenso, que en un patíbulo levantado en el cementerio de Derio fueron ejecutadas durante el mes de diciembre, 74 personas, de muchas de las cuales se conocen bastantes nombres.

Finalmente, nos indica nuestro informador que a las rebeldías esporádicas ofrecidas en el País Vasco se las quiere dar el carácter de alzamiento que han tenido en otras capitales españolas para, en estos días primeros del año, dar cumplimiento a muchas de los cientos de sentencias capitales, dictadas y pendientes de ejecución.

«La batalla de la democracia inglesa se decide actualmente en los frentes de Madrid»

Londres, 5. — Se comenta el último discurso de sir Stafford Cripps, diputado de la Cámara de los Comunes, que en un mitin del Partido Laborista, celebrado en Chiswick, ha declarado: «Si los ejércitos del general Franco vencieran en España, ello supondría para Francia un peligro gravísimo, pues ese país se vería enteramente circundado por el terror fascista. Y en semejantes circunstancias, ¿cómo creer que esta isla habría de permanecer democrática en medio de las olas del fascismo europeo? La batalla de la democracia inglesa decídese actualmente en los frentes de Madrid.» — A. I. M. A.

IDEAS Y DOCTRINAS

¿QUÉ QUIERE ITALIA?

¿La paz o la guerra?... Si Italia desea la paz, debe decirse, en verdad, que Roma aprovecha todas las ocasiones para no dar esa impresión. Si lo que quiere es la guerra—y en este caso importa distinguir entre el pueblo italiano, pacífico y amigo de Francia, y sus dirigentes—, aceptemos con sangre fría esta eventualidad y estudiemos aquí las condiciones técnicas del problema que ha de resolverse.

Conviene, ante todo, admitir la realidad de una alianza militar entre Alemania e Italia. Con motivo del viaje del mariscal von Blomberg a la península, en julio último, el «Giornale d'Italia», hoja oficiosa del «Duce», habló «de la entente defensiva que un día aparecerá, etc.» Estas palabras, que fueron desmentidas sin duda por mandato de Berlín, no se escribieron a la ligera. ¿No han tenido, después, viva confirmación, en la actitud y en los actos de la diplomacia italiana?

Esto no significa que tengamos que enfrentarnos simultáneamente con el mariscal von Blomberg, en Lorena y, en los Alpes, con el tan simpático mariscal Badoglio. Pero siempre es bueno prever lo peor, aunque sea inevitable. Hubo en un tiempo, bajo el nombre de Tríptico, un eje Berlín-Viena-Roma, que, en 1914, se rompió en Roma. ¿Se desencadenará el futuro conflicto de Europa con más unidad? No puede afirmarse, y la falta de concierto en las movilizaciones puede ofrecer posibilidades de maniobra que un alto mando vigilante no dejaría de aprovechar. Interesado en el problema estratégico de la Europa central, el Reich quizás ganaría dejando a Italia emprender la partida mediterránea a la cual el «Duce» se ha limitado deliberadamente. Por otra parte, una abstención voluntaria y provisional de Inglaterra en el mar latino pudiera representar la garantía de una actitud análoga de Alemania en el Rhin.

En resumen, si Italia, cediendo a la atracción perniciosa de las megalomanías fascistas, se decidiera a romper las hostilidades, las circunstancias son tales, que no sería imposible que, por lo menos durante cierto tiempo, se encontrara frente a frente con Francia.

En este «frente a frente», en el que no se trataría para nosotros más que de nuestra defensa, todo parece indicar que el objetivo principal de los italianos sería Túnez. Las maniobras de Sicilia, la carrera de los armamentos navales, las obras de fortificación en el islote de Pantellaria, el refuerzo de las guarniciones de Tripolitania, el concepto estratégico de la guerra rápida incompatible con una invasión a través de nuestros Alpes, la aspiración a la hegemonía en el Mediterráneo y los sordos manejos antifranceses con los indígenas son otros tantos síntomas confirmatorios. La íntima colaboración recíproca en que, desde hace largo tiempo, se están entrenando con regularidad en la península los tres ejércitos de tierra, mar y aire, parece precursora de una operación de esa índole. Debemos esperar, en ese futuro conflicto mediterráneo, a ver ante nosotros a un conjunto animado por un elevado impulso dirigente para realizar una obra perfectamente definida, que comportará operaciones de montaña en nuestros Alpes, bombardeos aéreos sobre Tolón, Marsella, Grenoble y Lyon, operaciones navales contra nuestras comunicaciones, el bloqueo de nuestra África del Norte y, por último, operaciones

mixtas contra Túnez, ataques por tierra, por mar y por aire.

Este cuadro, tan seductor desde el punto de vista italiano, tiene su sombra. ¿Olvidarán nuestros antiguos aliados el axioma, tantas veces confirmado, de que un ejército no está jamás rigurosamente dispuesto a entrar en campaña? Esto sorprendería en un organismo que ha tomado parte, una tras otra, en la guerra de Etiopía y en la guerra de España.

Sin poner en duda las aptitudes técnicas, intelectuales o morales del ejército italiano, (yo las estimo hoy en un nivel que rara vez ha sido alcanzado desde las guerras del Risorgimiento), se debe considerar como una debilidad esta dualidad interior que coloca juntos al ejército real y a la milicia fascista, un poco a la manera de los ejércitos profesionales y de las guardias nacionales del siglo pasado. Hay 200.000 hombres en Etiopía, que aun tienen mucho que hacer. En la península, unidades esqueléticas montan una guardia, si no somnolienta, por lo menos llena de actos espectaculares.

Se cuentan seis divisiones italianas en Libia. ¿De cuántas divisiones francesas dispondría el general francés Nogués, miembro del Consejo Superior de Guerra, en África del Norte? Señalemos, de paso, la importancia estratégica que tendría, en la hipótesis bosquejada aquí, la existencia de un ferrocarril a través del Sahara; su construcción se impone para asegurar en buenas condiciones la defensa autónoma del África francesa.

Además de la intensidad del esfuerzo que supondría la conquista de Túnez, ¿es compatible con las posibilidades económicas del nuevo imperio de Mussolini? Incluso con la participación declarada de Alemania, ¿cuenta Italia con suficientes recur-

sos agrícolas, industriales o financieros para que pueda soportar la duración para una guerra contra una cualquiera de las grandes potencias democráticas occidentales?

Por mucho que tenga en cuenta Francia los sentimientos de afecto que en todo tiempo han unido a los dos pueblos, no aceptaría con gusto que su sucesión quedase abierta. Sería necesario a la Roma del «Duce», antes de atribuirse nuestros despojos, ganar una cuarta guerra púnica para la cual no carecemos de perspectivas alentadoras: viejas tradiciones coloniales, una flota desde hace tiempo familiarizada con la eventual-

idad de un conflicto en el Mediterráneo y un ejército en los Alpes adiestrado para todos los cometidos, tanto defensivos como ofensivos.

Pero existe una cuestión sobre la cual hay que llamar la atención de los poderes públicos. El punto fuerte de la preparación italiana es la centralización, bajo una dirección energética, de los diferentes órganos ejecutivos, cada uno de los cuales tiene, dentro de su propia especialidad, a una labor común. Esta homogeneidad en la acción es, en nosotros, el punto débil.

En 1914, Joffre, vicepresidente del Consejo Superior de Guerra, jefe del

Estado Mayor general del Ejército, recibió, durante la movilización, el nombramiento de «comandante en jefe de los ejércitos franceses del Norte y del Noroeste». ¡El ejército de los Alpes no entraba en sus atribuciones! Quiero creer que tal la haya sido corregida hoy. Sin embargo, queda en favor del problema mediterráneo que pudiera plantearse, el establecimiento de una coordinación con miras a prepararse en el dominio del alto mando, las medidas eficaces desde el triple punto de vista terrestre, naval y aéreo.

JACQUES FRONTIERE
(«La Dépêche», Toulouse, 3-1-38)

Un decreto del «supremo caudillo» ordenando a sus tropas la asistencia diaria y obligatoria a misa

¿También han de oír misa, en la iglesia católica, moros, libios, eritreos, somalíes y apaches del Tercio? ¿Y los «Flechas negras» del ateo Mussolini? ¿Y los protestantes de Hitler?

La llamada Radio Nacional de Irún, en su emisión de la noche del 31 de diciembre, hizo saber lo que sigue:

«En virtud del Decreto del Supremo Caudillo, a partir de mañana, primero de enero, será obligatoria para las tropas nacionales la asistencia diaria a la Santa Misa. Será castigada la falta de asistencia. Y se llevará un control riguroso.»

Veamos. El llamado ejército nacionalista se compone de una singularísima macedonia de gentes de varias naciones y colores. Tenemos como base de él, los ochenta mil marroquíes, rifeños y yebalas de nuestra zona unos, reclutados más o menos clandestinamente en la francesa, otros. Hay que añadir los del Tercio, si bien es cierto que ya quedan muy pocos de los que vinieron con las «banderas» primitivas. Pero a estos contingentes exóticos es preciso sumar los libios, eritreos y somalíes, enviados por Italia, los alistados en Ifni y que proceden de la Mauritania meridional y algunos otros bár-

baros, de origen aun más extraño y misterioso.

Los apaches del Tercio no tenían patria ni religión conocida. En cuanto a los africanos del Norte, el Este y el Oeste que figuran en el resumen anterior, se sabe que son mahometanos. Casi todos. Algunos — los somalíes especialmente — pasan por idólatras. Y varias de sus tribus no renunciaron todavía a la antropofagia.

Luego vienen, por derecho propio, los alemanes. Hay en Alemania de tres a cuatro protestantes y judíos por cada católico. Ello quiere decir que la inmensa mayoría de los miembros de la Legión Condor, de los aviadores, de los conductores de carros pesados de asalto, de los especialistas de fábricas y maestranzas, etc., y de raza germánica, consideran el Sacrificio de la Misa, esencial dogmáticamente para quienes profesan la religión católica, como una superstición.

¿Y cómo lo considerarán los fascistas de las Flechas Negras, Rojas y Azules, los que tripulan los «Ca-

proni» y los «Fiats», los que guían los carros ligeros de asalto? No olvidemos que Mussolini, ateo convencido, autor de obras escandalosas contra el catolicismo, que se siguen vendiendo en Italia y en España, fundó sus «fascios» con los renegados del socialismo, el anarquismo y el sindicalismo. De ahí que los «populares» italianos del cura Dom Sturzo, pese a representar el partido político de la Iglesia, algo así como lo que pretendía ser en España Acción Popular, fueran tan perseguidos por Mussolini como las extremas izquierdas. El saqueo de las cooperativas católicas lombardas y el asesinato de los sacerdotes que las administraban, es uno de los episodios más negros del fascismo italiano.

El fascista blasfemo con delectación. En España lo saben ya todas las beatas de la zona fascistoide.

Véase, pues, que lo más florido y granado de las tropas de Franco no puede ni debe ir a misa, a diario ni semanalmente.

Pero — se dirá — el decreto será aplicado a los españoles.

Desde luego, no podrán cumplirlo quienes están en las trincheras montando guardia o en los acantonamientos cercanos a la primera línea. Y en cuanto a los demás, habrá que oír los comentarios del infeliz soldado a la fuerza, al que se le paga—cuando se le paga—un haber miserrimo, a quien se alimenta mezquina y sucamente, a quien se tiene medio desnudo en pleno invierno, a quien se castiga por la falta más leve, a quien se aísla de los suyos que viven, si eso es vivir, sometidos a horrible yugo y a miseria afrentosa, cuando le ordenan cada mañana que antes de empezar su tarea diaria, llena de afanes, inquietudes, dolores y angustias y peligros, vaya a oír misa al aire libre o a la más próxima iglesia o capilla.

Desde luego, sus pensamientos, antes, en, y después de ella serán, estamos seguros, lo menos religiosos posibles.

¿La libertad de conciencia? Se le respetará al moro y al alemán y al italiano. Pero no al español. El español, para Franco y los suyos, no es un hombre, es un paria.

Piensen de él lo que pensaba Yagüe, cuando le preguntó un subalterno si se fusilaba a unos prisioneros o se les alistaba en el Tercio.

—Que los alisten—dijo—. Al fin y al cabo, todo sirve para carne... Ya se convencerá de que se engañaba.

(«Mañana», Barcelona, 6-1-38.)

**ESTE DIARIO SE
REPARTE
GRATUITAMENTE**

El Doctor Henri Wallon, Profesor del College de France y miembro del Comité Internacional de Ayuda a la España republicana, visita por tercera vez nuestra nación en guerra

“No puede pensarse ya en otro triunfo que en el de la democracia frente al fascismo: la victoria de la República contra los invasores”

Por tercera vez, en el transcurso de nuestra guerra, el ilustre profesor del College de France visita la España leal. El doctor Henri Wallon ha pronunciado en el último día de su estancia entre nosotros una interesante conferencia en la Casa de la Cultura, ante una selecta concurrencia, entre la que se encontraban destacadas personalidades de la intelectualidad española. En su disertación, tratando sobre los rumbos actuales de la pedagogía moderna, el doctor Henri Wallon ha hecho interesantísimas consideraciones sobre el medio ambiente que rodea a la infancia española en estos instantes dramáticos y decisivos, no sólo de la cultura española, sino de la propia cultura universal.

En esa conferencia el ilustre profesor francés ha prometido a la República Española que, una vez más, a su regreso a su patria, recomendará a los maestros la necesidad de divulgar entre sus alumnos los aspectos decisivos de la contienda que se libra en España.

Sobre este propósito, después de su amena charla, nos ha dicho:

«Hay que divulgar, y así conviene a la pedagogía moderna, que ha

de adaptarse y acondicionarse a los medios en que se practica actualmente, los motivos y las causas de la guerra en España. Decir a los niños cuánta importancia tiene la lucha y lo que en ella se ventila. Hacerlos ver claramente quién lucha por la razón y la justicia, por la verdadera democracia, frente a los que niegan el talento, la libertad y el derecho.»

Optimista, muy optimista, al finalizar este tercer viaje, el doctor Wallon recuerda su primera visita a Madrid, en octubre de 1936.

«No podré olvidar aquel Madrid heroico, que sigue siéndolo. No podré olvidar tampoco aquellas trincheras de primera línea, donde se alternaban las horas del fusil y de ametralladora con los instantes de descanso, durante los cuales el soldado se instruía, aprendían a leer muchos, e incluso vi temblar el pulso de alguien que allí mismo, frente al Madrid sublime, empezaba a saber escribir...»

En cuanto a lo que se desprende de su optimismo, expresa así su pensamiento:

«No puede pensarse ya en otro triunfo que en el de la democracia

frente al fascismo: la victoria de la República contra los invasores extranjeros.»

El doctor Henri Wallon preside desde hace poco tiempo el Comité de Ayuda a la Infancia republicana española. Su entusiasmo por nuestra causa, su amor a los niños y su admiración por las atenciones que a pesar de la guerra dedica la República al gran problema de la enseñanza, hacen de aquel destacado intelectual de Francia la figura más indicada para presidir esta nueva institución de ayuda a nuestra infancia.

«No pertenezco a ningún partido. Creo solamente con toda firmeza que hoy, ante los únicos dilemas de fascismo o democracia, ningún hombre libre, ninguna conciencia honrada, puede estar en otro lado que en el del antifascismo.»

Y desde ese lado del antifascismo, la prestigiosa figura del profesor Henri Wallon nos promete proseguir laborando por el triunfo de la República, que es—como textualmente él repite una vez más—«el triunfo de la libertad y del derecho del que deben estar pendientes todos los seres civilizados».

LIBERALISMO FALSIFICADO

El doctor Marañón rinde parias a Franco

El doctor Marañón, del cual los fuimos sus amigos preferiríamos hablar, ha publicado en la «Revue de Paris» una especie de ensayo sobre los acontecimientos de España. La Prensa derechista francesa, amiga de Franco o simpatizante, lo ha extractado para agregar combustible a la campaña anticomunista del fascismo, que es, en realidad, una campaña contra las fuerzas democráticas sin incluir a las más moderadas.

El doctor Marañón, «de la Academia Española»—como le dice «Le Temps»—, pretende demostrar en ese escrito que la República nació bajo el signo bolchevique, el mismo que ahora preside, según él, la lucha contra los sublevados y sus empresarios del extranjero. En realidad lo que quiere el doctor Marañón es justificar su deslealtad con el régimen republicano y rendir parias a los «nacionales» de Salamanca para que lo admitan en su seno sin un plazo de purificación demasiado largo. El doctor Marañón escribe, pues, desde el azarito franquista, donde no hace oficio de médico, sino de apestado. Hay que tenerlo en cuenta para juzgar en definitiva su trabajo.

Como primer ejemplo de la bolchevización de España, recuerda la quema de conventos pocos días después de la proclamación de la República. Peor que carecer de memoria es tenerla a medias, defecto imperdonable en un intelectual. Porque al achacar a los comunistas españoles la quema de conventos, juzgándola conveniencia directa de la propaganda de Moscú, el doctor olvida o calla que hubo por aquellos días sucesos políticos suficientemente graves para que se produjese la irritación pública sin ningún estímulo rojo. Las provocaciones del círculo monárquico de Madrid, con Luca de Tena a la cabeza, dieron origen a aquellos sucesos, y si bien es cierto que hubo incendios análogos en otras ciudades de España, también es verdad que respondían a motivos idénticos. Los elementos reaccionarios, puestos de la sorpresa que les había producido el cambio de régimen, hostilizaron descaradamente a la República hasta desencadenar la cólera de las masas. Achacar a un complot comunista lo ocurrido entonces es falsificar la Historia a sabiendas y pasar por alto la tradición anticlerical de nuestros movimientos populares. Las quemas de conventos son tan viejas como las luchas políticas en España. En el siglo XVIII, en el XIX, en el mismo que ahora transcorre gobernando la monarquía, se registran matanzas de frailes e incendios de iglesias. La tendencia hebraica del pueblo español se explica principalmente por los abusos de la tiranía eclesiástica. La Iglesia ejercía el hecho el Poder sin identificarse jamás con los desheredados; al contrario, confabulada con las fuerzas económicas que provocaron la pobreza del país y siendo ella misma la más opulenta. En el espíritu de las masas, por encima incluso de la emoción religiosa, cuando existe, está el resentimiento contra el clérigo materialista e intransigente que renegaba a diario de su doctrina. El pueblo encontraba en él al más visible y pífido de sus enemigos.

El doctor Marañón ataca a los liberales españoles por haberse convertido en cómplices del comunismo, a causa de un error de enfoque en el examen de los problemas políticos. Según él, por el temor de no aparecer liberales colaboran en la bolchevización de España, y hasta por un prurito anticlerical, impulsados por la fuerza del tópico, combaten sus propias convicciones. Marañón cita el caso de muchos burgueses izquierdistas que visitaban su clínica y llevaban al cuello medallas religiosas. Este testimonio carece de valor, si se tiene en cuenta que por la clínica del doctor Marañón quienes desfilaban eran aristócratas y capitalistas cosechados en las zonas más reaccionarias de la sociedad española. Todo el mundo sabe que este desertor del campo republicano era el «médico de moda» en la buena sociedad, a pesar de sus veleidades políticas. Era de buen tono consultar con un médico de cierto prestigio intelectual, amigo íntimo del rey, aunque fuese de la rama de los liberales «viejo régimen». En este aspecto conviene recordar que cuando el doctor Marañón se manifestó contra la dictadura y rompió sus relaciones con Palacio, lo hizo como otros muchos monárquicos a quienes disgustaba la conducta de don Alfonso, empeñado en sostener la dictadura de Primo de Rivera. Es posible, sin embargo, que algunos hombres de izquierda compareciesen ante el doctor Marañón mostrando al lado de sus dolencias físicas sus taras morales. Porque en el movimiento liberal español ha habido izquierdistas—y esa ha sido su principal debilidad—que presumiendo de librepensadores y progresivos, carecían de fuero espiritual dentro de su propio hogar y sus mujeres y sus hijos no sólo convivían cómodamente con gentes reaccionarias, sino que participaban de su sectarismo. Esos son los que ahora simpatizan con Franco y acusan a la República de bolchevización.

La teoría de que los liberales de nuestro tiempo sólo han visto el peligro antiliberal y antidemocrático por la derecha, cuando por la izquierda también existe, ni es exacta en el fondo ni puede aplicarse al caso de España. Ser liberal es una posición que pugna por sí mismo con los regímenes de retroceso político. El liberalismo es una conquista del espíritu humano que no mira al pasado sino al futuro. Como ha dicho un amigo de Marañón, José Ortega y Gasset, el liberalismo es una fase superior en la evolución de la cultura; el liberal es más justo y civilizado que el conservador, «como el cañón es más arma que la lanza». Por eso un auténtico liberal tiene que simpatizar con los movimientos populares, y, en cambio, sentirse adversario de todo imperialismo.

Por lo que se refiere a la lucha española, la cuestión no admite duda por muchos sofismas que vuelquen sobre ella los renegados del liberalismo. Las castas feudales se sublevaron contra el pueblo, que había consagrado en las urnas instituciones propias. Los militares, el clero y el gran capitalismo se han sublevado específicamente contra el orden republicano, no contra una dictadura «roja», que ni existía entonces ni existe ahora, ni es posible que exista nunca, porque España tiene también derecho a cierta originalidad política. Nadie reaccionó contra el fascismo como han reaccionado los españoles.

Lo que pasa es que el doctor Marañón, «académico de la Española», era antiliberal sin saberlo. No ha resistido la prueba del fuego, como les ha sucedido a muchas gentes que sentían el «dilettantismo» de la política. Si en efecto hubiera templado sus ideas en el sacrificio y sintiera en el fondo de su ser el llamamiento

por un prurito anticlerical, impulsados por la fuerza del tópico, combaten sus propias convicciones. Marañón cita el caso de muchos burgueses izquierdistas que visitaban su clínica y llevaban al cuello medallas religiosas. Este testimonio carece de valor, si se tiene en cuenta que por la clínica del doctor Marañón quienes desfilaban eran aristócratas y capitalistas cosechados en las zonas más reaccionarias de la sociedad española. Todo el mundo sabe que este desertor del campo republicano era el «médico de moda» en la buena sociedad, a pesar de sus veleidades políticas. Era de buen tono consultar con un médico de cierto prestigio intelectual, amigo íntimo del rey, aunque fuese de la rama de los liberales «viejo régimen». En este aspecto conviene recordar que cuando el doctor Marañón se manifestó contra la dictadura y rompió sus relaciones con Palacio, lo hizo como otros muchos monárquicos a quienes disgustaba la conducta de don Alfonso, empeñado en sostener la dictadura de Primo de Rivera. Es posible, sin embargo, que algunos hombres de izquierda compareciesen ante el doctor Marañón mostrando al lado de sus dolencias físicas sus taras morales. Porque en el movimiento liberal español ha habido izquierdistas—y esa ha sido su principal debilidad—que presumiendo de librepensadores y progresivos, carecían de fuero espiritual dentro de su propio hogar y sus mujeres y sus hijos no sólo convivían cómodamente con gentes reaccionarias, sino que participaban de su sectarismo. Esos son los que ahora simpatizan con Franco y acusan a la República de bolchevización.

La teoría de que los liberales de nuestro tiempo sólo han visto el peligro antiliberal y antidemocrático por la derecha, cuando por la izquierda también existe, ni es exacta en el fondo ni puede aplicarse al caso de España. Ser liberal es una posición que pugna por sí mismo con los regímenes de retroceso político. El liberalismo es una conquista del espíritu humano que no mira al pasado sino al futuro. Como ha dicho un amigo de Marañón, José Ortega y Gasset, el liberalismo es una fase superior en la evolución de la cultura; el liberal es más justo y civilizado que el conservador, «como el cañón es más arma que la lanza». Por eso un auténtico liberal tiene que simpatizar con los movimientos populares, y, en cambio, sentirse adversario de todo imperialismo.

Por lo que se refiere a la lucha española, la cuestión no admite duda por muchos sofismas que vuelquen sobre ella los renegados del liberalismo. Las castas feudales se sublevaron contra el pueblo, que había consagrado en las urnas instituciones propias. Los militares, el clero y el gran capitalismo se han sublevado específicamente contra el orden republicano, no contra una dictadura «roja», que ni existía entonces ni existe ahora, ni es posible que exista nunca, porque España tiene también derecho a cierta originalidad política. Nadie reaccionó contra el fascismo como han reaccionado los españoles.

Lo que pasa es que el doctor Marañón, «académico de la Española», era antiliberal sin saberlo. No ha resistido la prueba del fuego, como les ha sucedido a muchas gentes que sentían el «dilettantismo» de la política. Si en efecto hubiera templado sus ideas en el sacrificio y sintiera en el fondo de su ser el llamamiento

NOTA INTERNACIONAL

La democracia americana está alerta

En su nuevo discurso, Roosevelt se muestra otra vez como el adalid de una nueva democracia. Por tratarse de un mensaje al Congreso y ser el Presidente de los Estados Unidos un político realista que se mueve, sin embargo, en el estricto marco constitucional, sus palabras son mucho menos áspers que aquellas que pronunciara en Chicago contra el fascismo. No ha ocultado, sin embargo, su pensamiento, y al mostrarse esperanzado sobre la suerte de los regímenes democráticos creyó conveniente hacer una profecía: en aquellas naciones donde hoy se asientan Estados totalitarios volverá a regir un sistema de responsabilidad compartida, de libertad y de derecho.

El anuncio no habrá sonado bien en los oídos de esos improvisados césares que han soñado en engañar a sus carros triunfales el destino de pueblos y continentes. Pero Roosevelt representa a una gran nación, y, lo que es mejor, a una moral política que sobrevivirá a todas las crisis. El que haya seguido de cerca, es decir, en periódicos, libros y discursos, la trayectoria de la política norteamericana, podrá observar la radical mutación que ha sufrido en materia de relaciones exteriores. Hace falta estar enterado de la actitud de aislamiento, de autodeterminación, de independencia en que se colocaron los norteamericanos después de la guerra, para apreciar el valor de las palabras de Roosevelt que interpreta un estado de opinión pública formada más allá del egoísmo continental. Hace un par de años, el que se atreviera en los Estados Unidos a mentar la paz sin condicionarla a una absoluta neutralidad respecto a un posible conflicto europeo, sería sancionado inflexiblemente en la conciencia de cada ciudadano. Ahora, Roosevelt pudo hablar de la paz a través de un efectivo respeto al derecho. Es claro que si esa paz está en peligro o naufraga entre los remolinos de la agresión, habrá que imponerla por la fuerza y de acuerdo con aquellos países que sientan, como los Estados Unidos, amenazado el interés de la civilización. De ahí el rearme y las inclinaciones a una colaboración diplomática con las democracias europeas.

Sería engañarse pensar que toda la opinión norteamericana está interpretada en el pensamiento del Presidente. Son muchos, muchísimos todavía los partidarios del aislamiento, que practican un panamericanismo a ultranza, a pesar de los fra-

casos de semejante política. Pero son muchos más los colaboracionistas. Entre aquéllos están los elementos ultracapitalistas, carentes de toda espiritualidad y de toda ideología, atentos tan sólo a su egoísmo de especuladores. Quisieran que Europa ardiese mientras ellos se aprovechaban de la neutralidad norteamericana. Simpatizantes calurosos del fascismo, no piensan que el espíritu de Lincoln jamás perdonaría a su pueblo que en un momento crucial de la historia, los Estados Unidos no habían inclinado la balanza a favor de la libertad y de la ley, contra la tiranía y la barbarie. El hombre que libertó a los negros vería que hoy es preciso libertar a los blancos, a los esclavos de la violencia totalitaria que gimen en el fondo de sus pueblos bajo la opresión del imperialismo fascista.

Pero, además, las audacias de las dictaduras han destruido o debilitado, por lo menos, el ideal panamericanista. La influencia del fascismo europeo, en muchos países de la América hispana, es un peligro cierto de orden político y económico para los Estados Unidos. El que habló de «Yanquilandia bárbara» no supuso que la bárbara Alemania y la histórica Roma amenazarían mucho más que los yanquis a los pueblos que libertó Bolívar y oprimen los tiranuelos protegidos del fascismo.

El discurso de Roosevelt deja adivinar bastante sobre este cambio de actitud y hace pensar a los demócratas y hombres progresivos del mundo que la democracia americana se dispone a ayudar a la democracia europea. Francia, Inglaterra, Norteamérica y la U. R. S. S. pueden ser la salvación de la paz, si conciertan ese «frente de naciones pacíficas» que está exigiendo el eje Roma-Berlín-Tokio, lleno, por otra parte, de ingentes contradicciones.

Pero la política de Roosevelt no mira sólo al exterior. Quiere renovar las fuerzas sociales de su país. Lleva al Congreso la ley del salario mínimo y amenaza con desahuciar a las «sesenta familias» que monopolizan la riqueza de Norteamérica. El «New Deal» entra en una nueva fase, porque el país está a las puertas de una nueva crisis y es preciso cortar las uñas al supercapitalismo. El Presidente es el intérprete de una nueva democracia y sus obras hacen honor a sus palabras.

de las fuerzas eternas de la libertad, reconocería que en la guerra de España se ventila el pleito de la democracia y el fascismo, que es hoy también el pleito de Europa. Y estaría con la democracia aunque le angustiasen el ánimo los episodios dolorosos de esta formidable convulsión social que han provocado los rebeldes hipotecando, además, al extranjero nuestra tierra española.

J. DIAZ FERNANDEZ
(«El Diluvio», Barcelona, 6-I-38.)

La prensa italiana canta la palinodia a propósito de Teruel

Roma, 5.—La prensa fascista del día 4 empieza ya a decir que Teruel no ha sido reconquistado por los fasciosos.

El «Popolo d'Italia» dice: «La ciudad heroica espera, de hora en hora, la llegada del ejército libertador para recibirle con honores triunfales.»

Los lectores de estos periódicos comentarán por sí mismos esta información. La noticia de la ocupación de Teruel por los fasciosos la dieron ya el día 31, y después habían publicado informaciones desmintiendo que la ciudad estuviera en poder de los republicanos.

Los periódicos continúan hablando del papel desempeñado por la «artillería legionaria» que está a las órdenes de un general también «legionario», «animador de los cañones, con cara de guerrero antiguo, que tiene su mando en una meseta que domina el valle del Guadalquivir».

El avance de las tropas nacionalistas «es prudente»—dice el periódico—. «Con la pequeña guarnición

«Il Popolo d'Italia» se enfada con Roosevelt

Roma, 5.—La prensa italiana continúa polemizando alrededor del Mensaje de Roosevelt. Entre otros, puede mencionarse el comentario del «Popolo d'Italia», en el cual se dice:

«El Presidente Roosevelt dice tonterías, tanto por lo que se refiere a la política extranjera como a la interior.»

de Teruel encerrada en unas casas, no hay medio de comunicarse más que por señales. La entrada en Teruel es quizá cuestión de horas.»

«Stampa», más prudente, se limita a publicar el parte de Salamanca, sin comentarios.

Se han sublevado los árabes de Tripolitania que Mussolini pretende trasladar al frente de Madrid

Londres, 5.—Tiempo atrás, el «Daily Herald» publicó unas informaciones según las cuales el Gobierno italiano trasladaba árabes de Libia y Tripolitania al Marruecos español, donde los hacía ingresar en el Tercio Extranjero. Hoy publica una información en la que dice:

«Los árabes que Mussolini envió a España y al Africa del Norte se rebelan contra Franco. En efecto, los árabes se han negado a ser trasladados al frente de Madrid, por las rigurosas temperaturas que reinan actualmente.

Muchos árabes han sido fusilados por haberse negado a obedecer las órdenes de los comandantes, y parece que la efervescencia es tan grande entre las tropas moras que hay en la Península, que éstas serán devueltas a Marruecos o a sus puntos de origen.»—Fabra.

Ayuda a la España Republicana

Iniciación de una campaña en los Pirineos Orientales

Perpiñán.—La Unión Departamental de Sindicatos Obreros de los Pirineos Orientales ha iniciado en toda la región una intensa campaña para recoger víveres y dinero con destino a la España republicana.

Se han organizado en toda la región diversos actos encaminados a atraer la aportación de los núcleos de españoles allí residentes, y se han distribuido multitud de carteles y manifestos de propaganda, cursándose cartas a todos los Sindicatos franceses del Departamento para que contribuyan a la obra emprendida.

Se ha nombrado una Comisión de gestión que actúa con todo entusiasmo.

A las doce en punto

«A las doce en punto han empezado a hacer los juramentos». ¿Quiénes son los que así juran tan puntualmente? Puntualmente los perjuros de toda hora. Al cuarto de su traición el «generalísimo» ha dictado una Real (?) Orden disponiendo que las disueltas Academias formen un cuerpo total con el nombre de Instituto Nacional de España.

A la media hora de su mediocridad los nuevos académicos han acudido a la cita.

Campanada imperial. Franco intenta caldear sus manos arrecidas en la nieve de Teruel y vuelve su cara y su cuerpo al fuego de la inteligencia, al rescoldo del academicismo inmortal. Resulta que de tales fuegos no quedan ni los humos o, tal vez, son los humos lo único que persiste aun en el recinto universitario donde se ha verificado la jura. El caso es que al sonar las doce campanadas del mediodía español en el Paraninfo de la Universidad salmantina, no se logró apagar el eco de otras campanadas más recias: las del frente aragonés. La tiritona de Teruel recorre el espinazo de la España facciosa y llega a Salamanca. Salamanca tiembla al mismo compás. ¿Compás de espera? ¿Qué pueden esperar quienes componen el Instituto Nacional de España si ya dan diente con diente al tiempo que juran?

La una, las dos, las tres y las cuatro. Un obispo y un duque, un conde y un marqués. El obispo de Madrid-Alcalá — sin Madrid y sin Alcalá — es el Dr. Eijo. El duque de Alba — ausente de los amaneceres madrileños — le empuja con mimo — un guiño y basta — a la insinuación del pícaro. A su paso alguien se arrodilla ante él y le besa la sortija episcopal. Falsa reverencia de un Judás alcarreño. Quien se arrodilla no se arrodilla. Lo está de siempre y no por arrepentimiento. Es el conde — conde sin condado y cojo sin remedio — de Romanones. Otro guiño de ojos al ver los destellos de la piedra engarzada en el anillo. Y un suspiro hondo con sólo pensar en la derrota de Guadalajara.

El Marqués de Selva Alegre — las cuatro en su bucólica pradera — descubre, con el guiño profano que le concede su título, el terciopelo de una cortina y abre paso con una simple reverencia a la comitiva.

Un público estrambótico — «multitud de damas tocadas con la clásica mantilla española llenan la sala» — presencia la aparición de los que se llegan a ocupar el estrado. José María Pemán — escándalo lírico —, Eugenio d'Ors — escándalo tético —, Pedro Muguruza — casa con dos puertas — y Miguel Artigas — folio con dos pastas — desfilan con la cabeza baja. Van a recibir de la Presidencia las medallas que les corresponden.

Reparto de premios. A uno de los colegiales le asoman los colores a la cara: Goicoechea alcanza entre rubores el preciado galardón.

¡Din!... ¡Don!...

Las ocho, las nueve, las diez y las once.

A las doce en punto se abre en campo rebelde la flor de la inmortalidad.

Sí, no... ¡claro que no!

DE REGRESO DE PARIS

El canje de prisioneros de guerra interrumpido y dificultado por los facciosos

La misteriosa muerte del obispo de Oviedo

Un periodista se ha entrevistado con el señor de la Torre, consejero de Hacienda del Gobierno de Euzkadi, al reincorporarse éste al despacho de su departamento en la residencia del Gobierno vasco, de regreso de su reciente viaje a Francia.

—En la Delegación de Euzkadi en París, hemos estado reunidos casi permanentemente los consejeros del Gobierno que nos encontrábamos en la vecina República — nos dice —. El principal objeto que nos reunía era el asunto del canje de prisioneros, al cual prestamos una atención especial que deseáramos compensar nuestros esfuerzos. Contamos para ello con la absoluta confianza del Gobierno de la República y nuestro espíritu de sacrificio y abnegación tiende a un fin: humanizar la guerra. Desgraciadamente, nuestra labor no encuentra la debida correspondencia por parte de los facciosos. A nuestros buenos deseos replican con tortuosidades, acaplamientos de nuevas listas, aplazamientos, informalidades, etc.

Hay un detalle — continúa diciendo — que puede ser más elocuente que todo lo que sobre el particular pueda decirse. Una propuesta de canje de doscientas

personas determinadas ofrecidas por los facciosos, los que a su vez reclaman otras doscientas que se encuentran condenadas a pena capital o penas graves, que lleva la garantía de la Cruz Roja Internacional, ha sido aceptada por el Gobierno de la República en el sentido de entrega de todas las personas que se encuentren en estas condiciones, sin determinación de cifras ni selección de personas, en lotes de veinticinco y siempre que consiga del organismo internacional la garantía debida de todos los prisioneros de guerra hechos por los facciosos. Pues bien; el humanitario acuerdo del Gobierno de la República ha entrado en fase de fracaso por la incomprensión de los facciosos. Si el mundo tomara sobre sí la responsabilidad de estos hechos y castigara a quienes incumplen todas las leyes de la guerra, otro gallo les cantara.

Le preguntamos acerca de las noticias que tiene sobre los últimos fusilamientos perpetrados en Bilbao, y nos dice:

—Hay en Bilbao y Santoña, novecientos hombres condenados a muerte. Son ejecutados en lotes enormes, sucediéndose escenas de un patetismo inenarrable. Cantando nuestros himnos, son

Revolución 1938

Por Georg Bernhard

Al son de las campanas que anuncian el Año Nuevo, se oyen en los países del Oeste de Europa voces de agradecimiento porque no ha estallado la guerra. Claro que la realidad no guarda relación con las palabras del Evangelio: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», ya que en dos puntos del globo, y especialmente en uno de los más hermosos territorios del continente europeo, hay guerra. En China y en España es tan cruel la lucha que cada acción significa una vergüenza para la humanidad. Niños, ancianos, mujeres son asesinados despiadadamente. Las mentiras y las calumnias son las principales armas de las guerras modernas. La propaganda se hace con una hipocresía repugnante, que llegó al más alto grado en aquel manifiesto japonés que al mismo tiempo que anunciaba la destrucción del pueblo chino, aseguraba que «defendía la cultura oriental». Es verdad que aún no ha comenzado la guerra en Europa; pero esta paz parcial que disfrutamos se ha comprado al precio de permitir toda clase de injusticias y crueldades. Por temor, se permite a los destructores de la paz encender la guerra hasta en los países más tranquilos. Es posible que los políticos supongan que sus procedimientos se verían coronados por el triunfo si siguen permitiendo al sagrado Florián encender las casas de los demás. ¿Pero están seguros de que este Santo tan popular tenga verdaderamente el poder necesario para salvar sus propias casas? Según la lógica humana, esa posibilidad parece cierta. Pero sobre esta lógica singular está la de las cosas, que es inexorable. De lo que se deduce que si en alguna parte del mundo no se respeta el derecho ni la paz, llegará un día en que no exista ni paz, ni derecho.

A juzgar por las apariencias, el año 1938 nos traerá el retorno a las leyes de esa lógica. Una prueba evidente de ello es lo declarado por el ex presidente del Consejo de Ministros de Francia, Sr. Flandin, a su regreso de Alemania. Flandin oyó decir a los políticos que hacían un enorme esfuerzo por evitar un conflicto armado. El estaba preparado a negociar con la Alemania de Hitler, no obstante la aversión que siente hacia el régimen que impera en el Tercer Reich. El viaje fué particular, pues antes quería Flandin ver qué giro podrían tomar las negociaciones y si de ellas sería posible esperar buenos resultados. La impresión que sacó de su viaje fué completamente desconsoladora. El ex presidente del Consejo de Ministros declaró que existe un abismo infranqueable entre el punto de vista alemán y el francés. Esta afirmación tiene mayor importancia por cuanto no proviene de un fanático del Frente Popular.

Pero quizás sea aún más importante la reacción que se observa en los países anglosajones. Hasta hace poco, podía ponerse en duda que el presidente de los Estados Unidos, que se equivocó en su juicio acerca de la marcha japonesa sobre China, estuviese en condiciones de imponer sus tendencias políticas a su propio país. Con razón se ha dicho muchas veces que el presidente norte-

americano es, desde hace mucho tiempo, el hombre más poderoso del mundo. Sin embargo, se le ha puesto a su poder una limitación. Claro es que la resistencia que ofrezcan el Senado y la Cámara de Representantes puede ser vencida con prudencia y constancia, pero lo que es más difícil de vencer es la oposición de la opinión pública americana. Los americanos no estaban dispuestos a intervenir en el conflicto asiático. Ha sido necesaria la presunción de los generales japoneses para cambiar el ambiente del pueblo y ponerse de acuerdo con el presidente Roosevelt. Esto evita que cometa alguna imprudencia. Se ha visto repetidas veces que Franklin Roosevelt posee un temperamento muy impetuoso, pero lo demuestra más en sus discursos que en sus hechos. Una elocuente prueba del interés que le inspira la situación actual es el afán que siente para que lleve a cabo una acción decisiva de los EE. UU., Inglaterra y Francia contra el Japón.

Estos esfuerzos de Franklin Roosevelt tienen suma importancia para el desarrollo de la política en 1938. No le será fácil al Gabinete inglés rechazar las peticiones americanas. En la opinión británica se advierte también un cambio notable, particularmente en la cuestión española. Ha contribuido a ello la actuación valerosa del jefe de la oposición, Mayor Attlee, y los últimos triunfos logrados por las fuerzas leales cuando se esperaba una fuerte ofensiva contra Madrid por parte de los rebeldes, ayudados por fuerzas alemanas e italianas; las tropas gubernamentales han obtenido con la toma de Teruel una magnífica victoria. El mundo está admirado, pues no se trata sólo de la conquista de territorio, sino de un verdadero triunfo estratégico que con toda seguridad traerá otros. Esta gran victoria del Gobierno legítimo demuestra al mundo que no hay que pensar en que gane Franco, pues la República española es hoy más fuerte que nunca. En Inglaterra, sin embargo, se confiaba en Franco. Varios círculos comerciales estaban en la creencia de que los intereses económicos británicos sólo podían estar seguros bajo el dominio de los rebeldes. El duque de Alba, representante de Franco en Londres, habrá tenido unas tristes Navidades. La City ha reconocido al fin que el Gobierno de la República no es ni mucho menos tan insignificante como han tratado de hacerlo ver el Gran italiano y los Grandes de España.

La inactividad y la no intervención se han convertido en acción. El cambio experimentado estos días en la Europa occidental dará su fruto en la política del año que acaba de empezar. Esto no quiere decir que vaya a generalizarse la guerra. Todo depende de las potencias del Oeste. Una acción decisiva y firme de Roosevelt que aísle al Japón, a Italia y a Alemania, obligándolas a capitular, puede salvar al mundo. Si se vacila demasiado, persistirá el peligro de la guerra. Para evitar que ésta comience, se le ofrece al mundo la última oportunidad, pero es necesario proceder con energía y rapidez.

(«Pariser Tageszeitung», 25-XII-1937)

Las «preocupaciones» del gobierno alemán

De algún tiempo a esta parte, aumentan considerablemente en Alemania los casos de vendedores ambulantes judíos a quienes se retira el permiso para ejercer su comercio, tan sólo porque envuelven su mercancía en papel de periódicos en los que aparece el retrato del canciller Hitler.

Al explicar las causas que motivan esa medida, se dice que los castigados han cometido un delito de ofensa a los sentimientos de la nación alemana y al propio canciller.

(«Robotnik», 18-XII-1937)

Einstein pide que se boicoteen las mercancías japonesas

Londres, 5.—El Comité en favor de la campaña pro China publica ahora un manifiesto que lleva, entre otras, la firma del profesor Einstein recomendando el boicot internacional a las mercancías japonesas.

«Mi debilidad estriba en que no supe ser mártir a debido tiempo.»

Tales cosas debió ver monseñor Echeguren en Oviedo, que murió misteriosamente en un accidente de automóvil, sin que nunca ni por nadie se hayan sabido detalles, ni aún los relacionados con su entierro.

Otras muchas interesantes cosas nos contó el señor de la Torre, pero nos rogó no se dieran a la publicidad, pues ello, además de que nadie se beneficiaría con su conocimiento, podría, en cambio, ocasionar males irreparables para algunos de los que están en la zona facciosa. Y, por último, terminó manifestándonos su fe y confianza más absoluta en la victoria, alentada por hechos como el de Teruel, que ha sido acogido en el extranjero, sobre todo por nuestros amigos, como un signo más de la potencialidad de nuestro Ejército y de la justicia de la causa que defendemos.

(«La Vanguardia». Barcelona, 6-I-1937.)